ANTE DIOS

I

Días hacía que Felipe Osorio andaba rostriamargo, distraído, nervioso, descompuesto, como sonámbulo; creeríasele en el principio de grave neurosis ó en los prolegómenos de la demencia. En el Congreso parecía figura decorativa, ó asombradizo paleto que no entendía palabra de aquella jerga parlamentaria; en la Bolsa no se enteraba de las cotizaciones; en la calle no saludaba á los amigos, y por donde quiera que iba tropezaba con las gentes, maldecía de todo, votaba como un carretero, estaba desconocido, perturbado.

Pero nunca tanto como aquella noche borrascosa de Febrero en que al volver del Real con Mercedes, su mujer, entre la nieve y la ventisca que azotaba al landó, ni se hablaron palabra ni se miraron; y, llegados á casa, corrió Felipe á encerrarse en su despacho, donde la chimenea no conservaba sino cenizas de la consumida leña. Entró, cerró por dentro, corrió el cortinón blasonado, encendió un cigarro, lo tiró incontinenti, arrojó el sombrero sobre la mesa,

desabrochóse el gabán de pieles y el chaleco, se dehizo el lazo de la corbata blanca, y cruzándose de brazos, se puso á mirar las frías cenizas de la chimenea, como si en ellas viese simbolizado algo muy íntimo que le atormentaba.

—¡No cabe duda, no cabe duda!—pensaba con lucidez creciente.—Mercedes no es ya la misma, yo soy otro, la vida es otra, el mundo ha cambiado, todo se ha mudado para mí... Desde el día maldito en que tuve la sandez de presentar á mi mujer ese perdido de Julián Nevares, aquí no hay paz ni sinceridad ni... Y, sin embargo, no pasa nada, no ha sucedido nada visible: Mercedes es mi fiel esposa, Julián mi cariñoso amigo, los dos muy tranquilos, muy correctos, y yo sólo el asustadizo, el receloso, quizá el infame sin saberlo... Empezó la intimidad por lecturas y comentarios de novelitas de Bourget, cuyo argumento es siempre el mismo... Las leían, las glosaban...Era como si hubieran ido corriendo, bailando un vals sobre un estanque helado; ¡qué fácil deslizarse á cada paso! Después me dió la necia idea de aceptar la invitación del Duque á aquella intempestiva cacería... acepté por el temor de parecer ridículo, celoso... y también porque creí que Julián iría; pero él se indispuso con toda oportunidad. Me marché con la duda en el corazon; pasé unos días de delirio, volví *clásicamente*, de pronto, pretextando también falta de salud; nada ví, no sorprendí nada; Mercedes, como siempre, risueña, tranquila, rezadora; Julián no estaba bien todavía... Pero desde entonces yo no vivo. Algo que no se define, que no se razona, que se

aspira, flotaba en el aire, entre mi mujer y yo. Mi fe en ella decrecía por momentos, mi sospecha se determinaba, tomaba cuerpo y se interponía entre los dos... No es nada y lo es todo. Invisible, incoercible, amarga la vida, envenena el aire, enciende las venas, devora como un cáncer. Es un punto de amargura en las palabras, un silencio hostil, asfixiante, que anuda la voz, que entumece la lengua y degrada el pensamiento... ¡Es temor de verla, miedo á dejarla, horror de saberla culpable!... ¡mayor horror de que lo sea y no saberlo!...

Y aquí se cortó el monólogo de Felipe: sin duda sus ideas ya no cabían en palabras—ni aun pensadas, no dichas.—Informes y aborrascadas acudían á su cerebro sospechas infames, hipótesis descabelladas, soluciones sangrientas... Así pasó larguísimo tiempo; después sobrevino una calma; Felipe trató de serenarse; él sabía que Mercedes era religiosa y que guardaba en el alma incólume el culto á la memoria de su madre, señora de virtud ejemplar... Ya había un punto de apoyo... De improviso, como si le asaltase una idea salvadora, se levantó y entró en el cuarto de su mujer.

II

Al siguiente día, muy de mañana, velado el rostro que empalideció el insomnio, por los celajes de la mantilla, arrodillábase Mercedes ante el confesionario del P. Enríquez—su confesor desde la niñez—en la iglesia de los Jerónimos. Aunque la luz era aún escasa, el viejo

sacerdote conoció al momento á su hija espiritual y acogióla con la más blanda sonrisa de sus labios de asceta, abiertos sólo á la oración y al buen consejo.

—¡Cuánto tiempo sin venir, Mercedes! ¿Has estado enferma, hija mía?—¿Enferma?... Sólo puedo decirle que estaba imposibilitada de venir.—¡Imposibilitada!...—No tenemos tiempo que perder, P. Enríquez—comenzó la joven con voz vibrante de emoción é impaciencia:—¿Ve usted junto á aquel pilar de enfrente, á Felipe? ¡allí está, como juez implacable, espiándonos á usted y á mí!...—Pero... ¡qué dices, hija! —La verdad, la tremenda verdad, que me veo forzada á revelarle á usted en brevísimas palabras, en forma descarnada, brutal; porque corre riesgo mi vida, y acaso la de otra persona que...—¡Dios mío!—Oígame usted, Padre, sin comentarios, sin perder momento, sin expresar nada en su fisonomía: ¡un gesto de usted podría perderme! ¡Felipe está ciego de celos!...—Infundados, seguramente...—Fundados, fundadísimos.—¡Hija!—Sí, Padre, porque yo amo á otro hombre, es decir, amo á un hombre, al único que he amado y amaré en mi vida, á Julián Nevares, amigo íntimo de Felipe...—¿Que le amas, que le amarás?... ¡Y vienes á confesarte! ¿Con qué propósito, con qué espíritu?—No vengo arrepentida, obligada vengo. ¡Felipe, que está loco de celos, me trae para someterme á la más terrible prueba que ha podido sugerirle su demencia! Sabiendo el culto que consagro á mi madre muerta, conociendo mis creencias religiosas de siempre, me trae *ante Dios*, me emplaza ante Él, seguro de que no mentiré en este

sitio—¡y en esto me conoce!—seguro de que no cometeré sacrilegio...—¡Qué horror! ¡Cómo habías de cometerle!—¡Pues le cometeré, Padre, por salvar mi vida, y más que por la mía, por la de Julián.—Pero... ¡qué dices, hija de mi alma!—Que, en efecto, no miento aquí ante Dios y ante usted... y por no mentir no venía; porque mentir fuera el prometer que no amaré á Julián...—¡Mercedes! ¿eres la misma?—Felipe empezó por ser tibio, indiferente hacia mí, después se hizo celoso, suspicaz, insufrible; ahora es duro, injusto, brutal. Julián, en cambio, es todo delicadeza, todo amor, su alma y la mía nacieron para adorarse... ¡y, no puedo, aunque me lo proponga con todo mi sér, no quererle!... ¡Pero, Padre, que le observa Felipe, domínese usted!—Pero, Mercedes, niña querida... ¡si resucitase tu madre!—¡Aunque resucitara y me lo pidiese de rodillas, no olvidaría yo á Julián! ¡Padre, no puedo! Pero acabe usted; Felipe sabe que mis confesiones fueron siempre breves, apacibles. ¡Absuélvame usted, Padre, aunque sea sólo con el gesto y no con la conciencia!—¡Qué te atreves á pedirme!—¡Lo único posible, lo humano... hasta lo moral! Si usted no me absuelve, Felipe que está ciego, me mata aquí mismo, delante de usted, al pie del altar, y luego mata á Julián, ó se mata á sí propio; y yo y Julián y Felipe morimos en pecado mortal, perdemos nuestras almas... ¡Padre, por lo que más ame, absuélvame pronto!

El viejo confesor, tan experto en complicaciones de conciencia, no vió jamás *caso* semejante, no se halló nunca ante conflicto tan arduo y perentorio. Porque, á todo esto, Felipe,

incapaz de sostener mucho tiempo su trágica expectación, habíase ido acercando, como empujado por superiores fuerzas, al confesionario. Estaba demudado, descompuesto, tenía el aspecto aterrador del hombre que acepta el crimen y espera sólo el momento de perpetrarlo. No quedaba tiempo á la reflexión ni á la plegaria: el ministro del Señor reunió todas las fuerzas de su alma para impetrar mentalmente el auxilio del cielo, y, como si éste bajase sobre él, su pálida cabeza envolvióse en calma luminosa; pero vibrante de emoción, ante la gravedad del momento, dijo á Mercedes:—Pobre hija mía, por evitar los crímenes que temes y en la esperanza de que el dedo de Dios tocará tu corazón antes de que te acerques á la divina mesa, voy á absolverte... *condicionalmente* ¿comprendes? Y yo mismo te daré la sagrada comunión; si recibes el cuerpo de Jesús, en pecado mortal, habrás cometido horrendo sacrilegio...; pero si Dios y tu santa madre me oyen, la gracia del Señor descenderá sobre ti.—Y pálido, grave, sereno, extendió la diestra y bendijo á la pecadora impenitente.

III

Mercedes percibió angustiosa, mortalmente, toda la gravedad de aquel momento. Felipe, ávido de evidencia, iba á leer en su cara el pecado ó la virtud, la inocencia ó el arrepentimiento; érale cruelmente forzoso fingir, y sin embargo, todo su sér sentíase sacudido como por cataclismo apocalíptico. El cielo crujía sobre su cabeza; la fe de su niñez, la fe sagrada de sus padres, vacilaba en su espíritu... Julián, Julián, con sus ojos de brasa y sus palabras fascinadoras, lo llenaba todo: la tierra y el cielo. Y Felipe iba á mirarla con dureza de juez, con furia de asesino... Por en medio de aquella flamígera atmósfera de tragedia que parecía envolverla, Mercedes, con la cabeza baja, velada por las blondas, y las manos cruzadas sobre el devocionario de tafilete y oro, atravesó la nave. Al verla pasar absorta, recogida, Felipe comenzó á dudar de sus dudas.

Ya junto al sagrario, recordó Mercedes que allí, en aquel mismo altar, había comulgado por última vez su madre al lado suyo. ¡Su madre, aquella humilde cristiana cuya alma era toda fe y temor á Dios! Pero... ¿podía ella—Mercedes—engañar á Aquél que no se engaña, cuando allí mismo y en tal momento su alma era toda de Julián?

El agudo tintineo de la campanilla del monago anunció á Mercedes que se acercaba la prueba formidable. El P. Enríquez, revestidas la blanca sobrepelliz y dorada estola, avanzaba hacia el altar del comulgatorio. Mercedes se postró ante la balaustrada cubierta de blanco paño, soltó maquinalmente el devocionario en la gradilla, se descalzó los guantes y trató de llevar á sus labios una oración. Un espanto indecible apoderóse de su alma ante el horror del sacrilegio que iba á cometer... ¡Señor! ¿Era ella la misma? "¡Si resucitara tu madre!"—pensó, reoyendo las palabras del confesor.—Pero no había tiempo para rezar ni para nada; y su alma estaba enaridecida por la cul-

pa. El anciano sacerdote, dichas las primeras preces, abría la puerta dorada del sagrario, postrábase ante él, tomaba en la mano izquierda el copón y en la diestra la sagrada forma. Su voz no parecía la misma, su mano exangüe temblaba sosteniendo el Pan eucarístico; al acercarse á Mercedes la oración se quebró dolorosamente entre sus labios, y luego, parándose ante la pecadora, dijo con acentos que no parecían sonar en la tierra: *Dominus non sum dignus*... Mercedes levantó los ojos y vió que por las mejillas del sacerdote, pálidas como la muerte, rodaban dos lágrimas, que le hablaron con más elocuencia que ninguna palabra humana. ¡Acaso también su madre lloraba en el cielo por ella! Y... algo muy duro se rompió en el corazón de la atribulada, y se fundió en un mar de lágrimas de santo arrepentimiento. Mercedes hirió fuertemente su pecho, en señal de contrición suprema, y miró á través de su llanto al viejo venerable que, al poner suavemente en la boca de ella el Pan de la vida, vió á Felipe de rodillas cerca del altar y con el pañuelo en los ojos, y clamó sin voz en lo hondo de su espíritu:—¡Gracias, Dios mío, están salvados!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

ROSA LUNARIA

I

A D. Juan Valera.

El "New Bar", la afortunada cervecería de la Carrera, hervía aquella noche en disputadores intelectuales, de cuya belicosa verbosidad parecía evaporación visible el humo denso de sus cigarros. Discutíase allí el cielo y la tierra; y en medio de aquella turbamulta de alborotadores "arrivistes" que trataban de imponerse mediante alguna fuerza, siquiera fuese la de los pulmones, ocupaban impertérritos su mesa de honor—la primera á la izquierda—los dictadores de aquella motinesca turba pensadora, los dioses de aquel tormentoso Olimpo, Pepe Sutis, el golfo sabio, el relampagueante Jove de la prensa y con él su lugarteniente el inverecundo y donjuanesco Pepe Nerva, el achulado Paco Juerga, y el famélico y esqueletado Trasvilla, "hombre de muchas almas y de media lengua", como Sutis le llamaba, aludiendo á sus múltiples aptitudes y á su rebelde tartamudez, en perpetuo conflicto con sus fogosidades oratorias. Trasvilla, á quien Sutis acariciaba con

sus burlas—que era su mejor acariciar á los que despuntaban,—servía, como siempre, de blanco á los humorismos del maestro, cuya charla deslumbradora fluía desatada como desbordamiento magnífico de inmensa lectura, feracísimo ingenio y sensibilidad desquiciada, que solía manifestarse con sorprendente incoherencia en súbitas cóleras, en negros tedios ó en inefables ternezas y puerilidades.

—¿Qué hay dentro de este hombre?—pensaba el generoso Trasvilla, bajo el látigo juvenalesco de su amigo;—y cuando más engolfado andaba por las profundidades psíquicas del gran bohemio, arrojábale él á la cara una rociada de chistes tabernarios que le despertaban de sus idealismos, sugiriéndole este fallo desconsolador:—¡No cabe duda, es un degenerado, un perdido irredimible!

La noche de mi historia, en tanto que Sutis asaeteaba con sus burlas lo temporal y lo eterno, Pepe Nerva se revolvía inquieto en su silla, y cada vez que un entrante ó saliente abría la mampara de cristal raspado, registraba con furtiva mirada el trozo de calle que por la abertura descubría. Advirtió Sutis el juego ¡y allí fue Troya!, porque feliz de hallar digno objeto á sus sátiras, sobre Nerva cayó aquel ingenio de presa.

—¡Hola, hola, maestro en dandysmo, moderno Brumell, D. Juan impenitente, cogido te tengo "in fraganti" en delito de acecho! ¡No está mal escogido el puesto! Pero... ¡camaraíta, respeto á la reunión ¿eh?, que no somos aquí dueñas de antaño ni «carabinas» de hogaño! ¡Tú te las traes, Pepillo! ¡Vamos, desembucha,

cuéntanos, que ya se nos hace agua la boca! ¿Es alguna espiritual señorita de las de "Miss" ó "Fraülein" al margen? ¿Sugestiva "mondaine" de prerrafaelesca "tournure"? ¿Archiduquesa de tapadillo? ¿O chula de mil primores? ¡Arráncate, chavó, que todos somos orejas! ¡Silencio, plebe, oigamos "La última aventura de don Juan, relato autobiográfico!"

—¡Si supiérais qué curiosa es!... Pero por latosos no os la cuento; ¡fastidiaros!

—¡Hazlo por mí, hombre, que ando muy falto de tela para mis crónicas mundanas!—suplicaba cómicamente Sutis.—¡Mira que "asuntos son oro" en este descomulgado oficio!

—¿Y si yo quisiera ese "momio" para mí?

—¡"Anatema sic" el avariento Nineucio! ¡Deja siquiera á los amigos las migajas de tu opulenta mesa!

—Pues para poneros los dientes largos os diré que el asuntito da, no ya para una crónica, para toda una novela psico-fisiológico-modernista; pero... ¡para vosotros estaba!

—Desde luego—dijo Paco Juerga—os anticipo la noticia de que se trata de una dama de velado rostro.

—¡Miel sobre hojuelas!—gritó Sutis.—¡Divo Nerva, por el sacro Jove, que ardo en deseos de oir la historia de la incógnita diosa!

—¿Y si yo os dijese que la incógnita es, en efecto, un misterio vivo, un enigma impenetrable, una mujer sin nombre, ni edad, ni pasado conocidos?

—¿Pero estamos en 1830? ¿Se ha estrenado ya el "Hernani"?

—Reiros cuanto gustéis—afirmó Nerva en se-

rio;—pero os desafío á que averigüéis la edad, el nombre y la historia de la mujer de quien hablo.

—¿Apostamos á que si cuentas la historia te descubro todo eso y hasta te soplo la dama, si quieres?—desafió Sutis.

—¡Apostado!

—¡Pues oído, señores, que Nerva es narrador de raza!—concluyó Sutis para acabar de desatar la lengua al aplaudido escritor.

II

—Figuraos—empezó Nerva—una mujer, antes baja que alta, más Venus de Médicis que de Milo; es decir, aniñada, gracil, miniaturesca, con finos labios de impecable dibujo, más propensos á la oración que al beso, ojos azules, transparentes, de los que mueren y no matan, voz plateadita, acariciadora, cabello rubio tostado, con largos rieles de oro en las anchas ondas, y cutis nítido, fresco, auroral, como si por él no hubieran resbalado años ni impurezas, y figuraos ahora á esa carne ideal envolviendo un alma antitética de semejante apariencia, un alma toda tinieblas y brasas, toda engaños y seducciones, y tendréis una mujer toda sorpresas y misterio, un enigma vivo.

Unas veces su epidermis florida y su risa infantil mienten veinte años virginales; otras, un relámpago felino en sus ojos y una voluptuosa ondulación de su cuerpo, delatan á la hembra pervertida, ó ya leves surcos apenas perceptibles transparentan la máscara cruel de la vejez

bajo el tibio nácar de su cutis. Y así como su cuerpo es embuste de su alma, su casa es impostura de una vida que no es la suya, porque ni vive donde parece, ni hay quien sepa su verdadera vivienda; y hasta su nombre es contrahecho: su nombre de guerra es Rosa Lunaria, Rosa por su belleza y lozanía, Lunaria por cierto monísimo lunarcillo azul que, puesto sobre la comisura derecha de su boca, acentúa hechiceramente su sonrisa... Pero ¿vas á darnos espectáculo, Sutis? Deja esa maldita copa, que eso que te amaga es el clásico mareo que llamamos en plata borrachera; déjala y óyeme, que viene lo mejor.

En efecto, el desdichado Sutis, que por las señas entraba ya en el siniestro período final del alcoholismo crónico—en el que conduce al "delirium tremens",—habíase demudado visiblemente como bajo la acción de grave trastorno orgánico.

Pero el latigazo espasmódico—nada raro en él—pasó pronto, y Nerva prosiguió:

—Cuentan que el que bautizó á Rosa Lunaria fue cierto escritor celebérrimo, grande amigo de la moral... escrita, y más amigo de Rosa la inmarcesible, porque desde aquel bautizo ¡ya ha llovido! Dicen—hablando de Rosa todos son decires—que nuestra ignota se hace esmaltar anualmente en París; aseguran que oculta peregrinos secretos de tocador y que es doctora en alquimia estética y aun en magia negra. Y para colmo de incentivos, se susurra que Rosa tiene su leyenda, su novela, no menos sensacional que la de la más romántica "Violeta" ó "Coralia", puesto que afirman que tiene

una hija ó hijo, á cuyos ojos conserva honradas sus tocas de viuda... Pero, Sutis, ¿vas á darnos la noche?

Nuevamente amagaba el bohemio el iniciado trastorno; pero él, pasándose por los ojos la diestra temblona, gritó con áspera voz de beodo:—¡Métete en tu sayo, doctor Pedro Recio; deja que cada cual reviente á su gusto, y acaba de servirnos esas mentirotas que te estás ahí inventando!

—¿Conque mentirotas inventadas?... ¡bueno! —vociferó rufianescamente el advenedizo Nerva, que tenía ya en el cuerpo algunas copas de más.—¡Pues por eso que son mentirotas, cuando queráis os invito á conocer á mi heroína, la cual, si en su aperreada vida quiso á un hombre, fue al embustero que os habla!

—¡Eso, Tenorio, alábate!—chilló Juerga.

—"Madamina il catálogo é questo
Delle donne che amó il padron mio..."—canturreó borrosamente Sutis.

—¡Como que es verdad, hombres—insistió Nerva, caldeados ya cerebro y mejillas;—como que Rosa hace por mí lo que nunca hizo, seguirme, y lo que vosotros tenéis es envidia, sí, envidia rastrera de que esa mujer, vieja ó joven, Magdalena ó Traviata, lo que sea, pero hechicera y maestra en seducciones, ande enamoradísima, loca por mí, como lo están otras que no valen menos...!

Una formidable ovación irónica, acentuada por ¡olés!, palmadas y berridos procedentes de la mesa presidencial y de las contiguas, acogió la bravata de Nerva que, ya lanzado, disponíase á contestar á los provocadores, cuando la

mampara de entrada, abierta de golpe para dar paso á nuevos parroquianos, dejó ver de pie, sobre la acera, á una mujer gallardísima, envuelta en amplio abrigo de martas, tocada con ancho sombrero negro y velado el rostro por espeso velo blanco, que se inclinó un momento hacia adelante, y con la diestra, calzada de fina gamuza, dirigió leve seña á la mesa de la izquierda. Antes de que la enguantada mano se moviera, ya estaba Nerva de pie y precipitado hacia la puerta, y no anduvo dos pasos cuando Sutis, que había mirado ávidamente y por lo visto conocido á la incógnita—la cual, bajo su mirada desapareció por ensalmo,—se arrojó como un tigre sobre Nerva, y clavándole ambas manos en el cuello, derribóle á tierra, donde le golpeaba y pisoteaba frenético, hasta que los presentes, repuestos de la súbita sorpresa, sujetaron al agresor y levantaron al caído, que, lleno de polvo y de magulladuras, pugnaba furioso con los que le contenían por lanzarse con asalto mortal sobre su ofensor.

—¡Vámonos, vámonos, Nerva!—le gritaban sus amigos.—¿No ves que está borracho perdido? ¡Qué vas á hacer con un pobre loco!—Y antes, á fuerza de empellones que de consejos, se lo llevaron medio á rastras.

III

Junto á Sutis, que vibraba todavía sacudido por la loca furia que acababa de poseerle, permaneció solo Trasvilla, su "fides Achates", más que nunca desconcertado y confuso ante las

estupendas incongruencias del bohemio. Estábase éste tras de la bárbara lucha, derribado en una silla, los codos en la mesa y la cara hundida entre las manos. Mirábalo Trasvilla en el colmo del estupor, ávido de adivinar lo que había en el fondo de aquel alma, y sin resignarse á admitir que lo que hubiese allí, en las honduras psíquicas de donde brotar solían tan vívidos chispazos de luz y de belleza moral, fuese únicamente lodo, el mismo lodo vil que manchaba la superficie de aquella malograda vida. Y abrasado en sed de verdad, como si de la solución de aquel problema dependiese su porvenir, y la orientación de su espíritu obstinábase en penetrar aquella conciencia. De pronto, por entre los dedos de Sutis, entrecruzados sobre su cara, brillaron unos puntos claros, cristalinos, no cabía duda... ¡eran lágrimas! Y el alma de Trasvilla sintió ante aquellas silenciosas gotas de llanto júbilo mayor que el del astrónomo que ve aparecer á la hora por él prevista el astro adivinado, y tanto mayor el júbilo de Trasvilla, cuanto que la estrella que á él se le aparecía, como acudiendo á su evocación fervorosa, era un alma, el alma noble de su amigo, surgiendo incólume de entre pavorosas negruras... Pero... ¿qué significaban aquellas lágrimas? ¿Eran mero funcionamiento fisiológico, como el toser ó el escupir? ¿Síntoma de sedación tras del furioso rapto de alcoholismo...? Por esta selva de conjeturas se perdía la mente de Trasvilla, cuando un recuerdo revelador, emergiendo de su memoria por la milagrosa fuerza de asociación que posee esa divina facultad psíquica, vino á lucir con lucidez de

evidencia ante sus ojos. Empezó en interrogación y acabó en certidumbre.

—¿He visto yo llorar á Sutis otra vez?... Sí le he visto, pero ¿cuándo? ¡Ah! aquella noche de verbena agostiza, en que íbamos á caza de aventuras chulescas por el corazón de los barrios bajos...—Y percibió distintamente perfiles goyescos asociados á colorines abigarrados, ruidos estridentes y hedores de taberna y buñolería.—De improviso—siguió recordando—al revolver de una calleja una chula de buen ver, si las hubo, se arrancó con esta copla:

No hay ninguna mujer buena,
iba á decir ayer tarde,
pero volví la cabeza....
y me encontré con mi madre.

Y al oirla, el loco de Sutis rompió en un acceso de llanto, que calificamos de alcoholismo sentimental. Tuvimos que meterle en un tabernáculo y consolarle con "unas tintas"; en aquel abyecto rincón lloraba como ahora; pero este llanto de hoy es más copioso, dura más, esa sangre del alma brota de herida más honda...

Y súbitamente se hizo la luz en el cerebro de Trasvilla; un rayo de viva claridad atravesó su razón; corrientes de intuición reveladora unieron en ella la copla de la chula con la rápida fuga de Rosa Lunaria, el acceso de llanto que la copla provocó en Sutis y el paroxismo de furia disuelta en lágrimas que acababa de producirle el relato de Nerva, corroborado por la furtiva aparición de la incógnita. No cabía duda; en el fondo del dolor de su amigo había una mujer, la más santa para el hombre, la madre, y esta mujer era la antítesis de la alu-

dida en el cantar, era Rosa Lunaria, la madre pecadora, la que, según Nerva, pretendía ser honrada sólo á los ojos de un hijo misterioso, y ese hijo era Sutis, el bohemio, que allí borracho de licor y de lágrimas, lloraba la "orfandad moral", la más trágica de las soledades del alma. De pronto el magnánimo Trasvilla vió ante sus ojos como evocada por vigoroso contraste sentimental, á su propia madre, á la santa viejecita por quien él trabajaba sin descanso, por quien él ambicionaba el oro y la gloria; en torno á la vulgar cabeza de aquella insignificante cristiana resplandecía un nimbo de esplendor celeste, que al reflejar en el alma de su hijo encendía en ella todos los afectos y todos los entusiasmos; aquel nimbo era la santa honradez, la virtud materna, orgullo, confianza y salud del alma de los hijos. Sin ella ¡qué negra, qué horrible la vida! ¡Hasta el cielo parecía vacío! ¡Pobre Sutis! ¿Cómo no explicarse ahora la cruel tortura, el desolado escepticismo, el mortal envenenamiento de aquella hermosa alma? Los ojos de Trasvilla se llenaron también de llanto viril, contenido, generoso; y poseído de irresistible efusión de piedad y cariño, se levantó, asió una de las heladas manos de Sutis, que sollozaba sacudido por un verdadero acceso de llanto convulsivo, y le dijo al oído quedamente: ¡Vamos, hombre!... ¡Ya sé que estás muy solo de alma! ¿Quieres tener un hermano?

Sutis, por toda respuesta, apretó nerviosa, casi brutalmente, la mano de Trasvilla, y uno de los camareros que murmuraban junto al mostrador, dijo á los otros:—¡Vamos, á ese perdis le ha entrado ahora la "mona sensible"!

ÍNDICE

Cuentos andaluces. Páginas.

La Rondeña 5
El Padre «Me alegro» 15
Chelite 23
La saeta 35
Moreno, el de Zalamea 45
El molino de los Gelves 55
La casa á flote 71
Marines y Gumieles 79
Nieta de Reyes 93
Por la República 97

Cuentos varios.

El salvador 125
El sabor de la vida 143
El talón de Aquiles 159
La Dogaresa 169
La caridad de Malvina 177
La capilla de los Dolores 187
El espejo 195
En la voladura 213
El día de sol 221
El pan de la guerra 227
La cabeza enamorada 235
Patria 249
Ante Dios 257
Rosa Lunaria 265